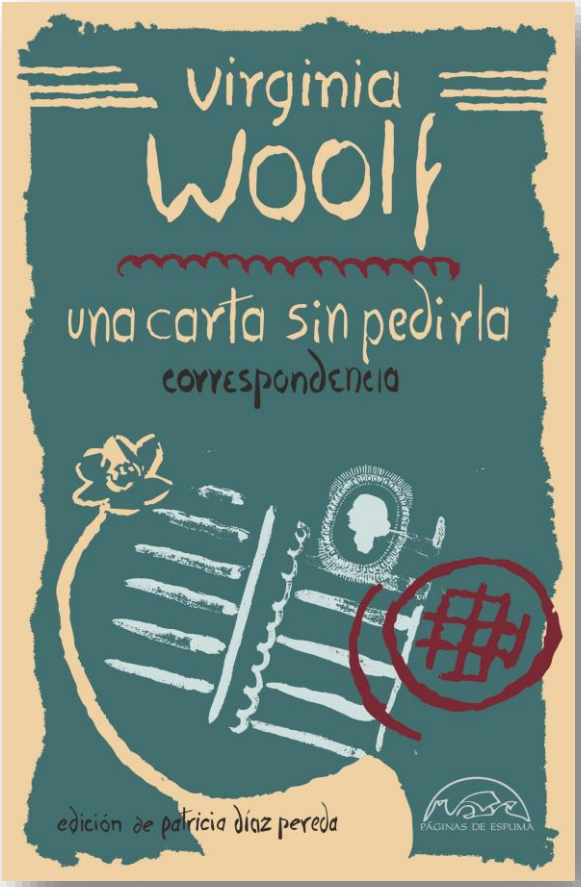
Virginia Woolf

Una carta sin pedirla
Correspondencia

Traducción de Patricia Díaz Pereda



Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural 2019

Premio Mérito Editorial FIL Guadalajara 2017

Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com
Información: www.paginasdeespuma.com

Una carta sin pedirla

Conocemos a la Virginia Woolf escritora, conocemos a la Virginia Woolf ensayista, conocemos a la Virginia Woolf editora y… ¿qué sabemos de la Virginia Woolf en su intimidad, en su ámbito personal, doméstico, familiar, en sus pequeñas rutinas, en sus decisiones de cada día, en las acciones que deseaba compartir? A partir del gran legado de su correspondencia que está compuesto por más de cuatro mil cartas, la traductora y especialista Patricia Díaz Pereda compone todo un retrato íntimo y por tanto muy desconocido a partir de una cuidada y anotada selección de cartas, que abarca desde 1912 hasta 1941, y que nos enriquecen en el conocimiento, la mirada y la comprensión de una escritora universal que sigue dialogando de un modo vigente por su pensamiento y por sus ideas innovadoras en torno al feminismo con los debates y las ideologías de este primer cuarto del siglo XXI.

La selección ha sido un trabajo exhaustivo y arduo, dado el interés y la calidad de este ingente material, y para ello se ha atendido a tres grandes criterios temáticos: la literatura, las casas y las gentes, tres temas esenciales para Woolf y a menudo entremezclados en una misma carta.

Con el primer criterio se incluyen las que hacen referencia a sus lecturas, las que atañen a su propia obra y a su faceta como editora en la Hogarth Press y respuestas a los comentarios de sus amigos por la última novela publicada.

En cuanto a los contenidos respecto a las «casas», para Virginia Woolf (y para los amigos de Bloomsbury) la estética de los espacios donde vivir y trabajar era muy importante y significativa; probablemente hubiera estado de acuerdo con la frase de Bachelard en la que define la casa como un estado del alma. Las cartas seleccionadas según estos criterios espaciales combinan los placeres estéticos que le provoca la naturaleza en Sussex con su vida cotidiana allí, por el indudable interés que ofrece esta faceta más prosaica de Virginia Woolf cuando habla de su vida diaria.

Un tercer criterio de selección han sido las personas, conocidas o desconocidas, a quienes y de quienes habla. Como es el caso de Violet Dickinson, lady Cecil o Katherine Arnold-Forster (de soltera, Ka Cox); su amigo Jacques Raverat, a quien no vio en los últimos diez años de la vida o su amigo del «viejo Bloomsbury» Saxon Sidney-Turner.

Biografía

Adeline Virginia Stephen (1882-1941), más conocida como Virginia Woolf, es una de las figuras más estimadas del modernismo en lengua inglesa y una figura precursora del movimiento feminista. Con tan solo veintidós años, la escritora de Bloomsbury comenzó a publicar sus primeros ensayos en el periódico *Guardian,* rescatando y prestigiando la historia de mujeres. Autora de novelas tan fundamentales como *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927) y *Las olas* (1937), y ensayos tan conocidos como *Un cuarto propio* (1929) y *Tres guineas* (1938). (1958).

En 1912, cuando contaba treinta años, se casó con el escritor Leonard Woolf, economista y miembro también del grupo de Bloomsbury. Los dos colaboraron también profesionalmente, fundando juntos en 1917 la editorial Hogarth Press, que editó la obra de la propia Virginia y la de otros escritores como Katherine Mansfield, T. S. Eliot, Sigmund Freud, Laurens van der Post y otros.

Con la publicación de *La señora Dalloway* y *Alfaro* comenzaron a elogiar los críticos su originalidad literaria. Éxito que continuó con *Orlando* y *Las olas.*

Virginia Woolf escribió también una serie de ensayos en los que destacó la construcción social de la identidad femenina y reivindicó el papel de la mujer escritora, como en *Una habitación propia.* Destacó a su vez como crítica literaria y fue autora de dos biografías: una divertida recreación de la vida de los Browning a través de los ojos de su perro *(Flush)* y otra sobre el crítico Robert Fry *(Fry).*

El 28 de marzo de 1941 desapareció de su casa de campo dejando a Leonard una carta de despedida.

Sobre esta edición.

Del prólogo de Patricia Díaz Pereda: El don de escribir cartas

Virginia Woolf asegura, en carta a Hugh Walpole, que el escribir cartas «es uno de los dones que las hadas no me dieron cuando se asomaron a mi cuna». Afirmación de la que cualquier lector discrepará a lo largo de estas páginas ya que su vitalidad y frescura epistolar nunca decae, ni siquiera pocos días antes de su muerte.

En las páginas que siguen el lector podrá disfrutar de una selección de las mismas, la gran mayoría inéditas en español. El período elegido abarca desde 1912, cuando se casó con Leonard Woolf, hasta su muerte en 1941. La elección de fechas no es aleatoria. Con ella se descubre a una Virginia Woolf a punto de convertirse en escritora de ficción, pues si bien es cierto que había empezado su primera novela antes de casarse, no publicó *Fin de viaje*, una vez revisada y corregida varias veces y superada su crisis mental, hasta 1915.

Si en los diarios podemos aproximarnos a sus pensamientos, las cartas se parecen más a una conversación, ágil, viva, cambiante. En tres líneas o con una anécdota, puede trazar el retrato de alguien, como un dibujante que trazara un esquema o bosquejo de una imagen que nunca es definitiva sino siempre dinámica. A veces, los retratos que ofrece a su corresponsal de terceras personas no son especialmente amables o favorecedores, pero eso era habitual en ese grupo de amigos que se ha llamado «Bloomsbury»: la crítica, a la cara y por detrás, era moneda común entre todos ellos. Pero también se muestra crítica y burlona consigo misma y no solo con los demás. A eso hay que añadir las fluctuaciones de su ánimo según el momento, ya que lo que a veces encontraba divertido o estimulante en alguien, otras, le desagradaba o le podía llegar a resultar irritante. Y, por supuesto, la propia Virginia Woolf se retrata en sus cartas, aun sin pretenderlo y aunque sea también de forma fragmentaria o esbozada.

Cabe también decir que en sus cartas no adopta un tono solemne o trascendente: escribe con rapidez y espontaneidad, a vuelapluma (pocas veces releía sus cartas antes

de enviarlas), en general sin el deseo de profundizar demasiado (a menudo pone como excusa la falta de papel o de tiempo). Deseaba entretener, divertir, interesarse por la salud o las penas de sus destinatarios y aliviarlas en lo posible. Deseaba intercambiar ideas, comunicarse, conocer cotilleos, saciar su curiosidad por la vida de sus amigos. A su hermana la escribía casi diariamente largas misivas. De las que dirigió a Vita Sackville- West, con quien tuvo una historia de amor, y fue, después de Leonard y Vanessa, la persona más importante en su vida y una amiga especial para siempre, se han seleccionado once. En ellas el lector encontrará alusiones a la literatura (especialmente a *Orlando*) y un tono a menudo amoroso, aunque ambas se mostraron bastante discretas en su correspondencia mientras vivían su romance. Asimismo, la compositora Ethel Smyth se convirtió en una corresponsal constante desde que se conocieron; no solo Virginia la escribió mucho, sino que abordó temas que apenas había mencionado por escrito a otras personas, como la locura, el sexo o el suicidio. Además de sus viejos amigos de Bloomsbury, también le gustaba mucho relacionarse con los jóvenes, como Gerald Brenan, John Lehmann, Dora Carrington, Stephen Spender, Barbara Bagenal o David «Bunny» Garnett, entre otros. T. S. Eliot fue otro amigo querido; los Woolf le invitaron a Hogarth House con vistas a publicarle y a partir de ahí se forjó una amistad para toda la vida.

Los destinatarios habituales figuran en el anexo de este libro; con el resto, se ha recurrido a las notas a pie de página para una concisa información biográfica; las demás notas se han añadido para ofrecer aclaraciones contextuales que faciliten la comprensión del texto.

En el año de su muerte, sobre todo en los últimos meses, la selección de cartas no se atiene tan directamente a los criterios ya expuestos y empleados en las demás, debido a su interés biográfico; el lector podrá comprobar que

Virginia Woolf trabajó y escribió cartas hasta los últimos días de su vida. Sabemos con certeza es que nunca le preocupó lo que se hiciera de sus cartas tras su muerte, estas cuya selección presentamos ahora al lector en español y que nos devuelven a una Virginia Woolf cercana, espontánea, afectuosa, irónica, con su particular y muy personal don para escribirlas y nos acercan al retrato vital de una de las figuras literarias esenciales del siglo XX.